✠

ORACION FÚNEBRE

QUE

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

DE

S. M. la Reina

DOÑA MARIA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS

Y DE BORBON,

CELEBRADAS EN EL TEMPLO

DE LA

SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÁDIZ

EL DIA 9 DE JULIO DE 1878,

PRONUNCIÓ

EL SEÑOR DOCTOR DON FERNANDO HÜE Y GUTIERREZ,

CANÓNIGO DOCTORAL
DE LA MISMA SANTA IGLESIA.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

SE IMPRIME Á EXPENSAS DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO.



CADIZ.

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA, DE D. FEDERICO JOLY.
CEBALLOS (ANTES BOMBA,) NÚMERO I.
1878.

✠

Caducam coronam regiam, ac brevi evanescencia lilia cum perenni alia corona ex inmortalibus liliis Angelorum contexta feliciter illum commutasse confidimus.

(Acta Pii VI de nece Ludovici XVI.)

Confiamos que la régia corona, de suyo perecedera, con los lirios que en breve se disipan, habrá felizmente cambiado por la otra corona eterna, entretejida con los inmortales lirios de los Angeles.

(Pio VI en la muerte de Luis XVI.)

Ilmos. Señores: (†)

Señores Excmos.

Al congregaros hoy bajo las bóvedas de este augusto y bellísimo Templo, no habeis venido á tributar el homenage de vuestros respetos y admiracion á la memoria de algun poderoso monarca que por dilatados años haya regido felizmente los destinos de la Patria, ó á la de algun famoso capitan, rayo de guerra en cien combates, nuevo Alejandro, ante el cual muda de asombro y de pavor se haya postrado la tierra, ó á la de alguno de esos genios de las ciencias ó de las letras que, honor de su siglo, lo hayan iluminado con los resplandores de su doctrina ó de sus grandiosos descubrimientos.

¡Ah, Señores! si fuera así, quizás vuestras almas no estarian unidas en la sóla idea que ahora las ocupa, ni serian idénticos los sentimientos de vuestros corazones: que los lauros de los conquistadores y los hechos de los reyes, como los triunfos de la ciencia humana, que el mundo ensalza, se hallan con frecuencia mezclados con las lágrimas de los infelices vencidos, con los lamentos de la oprimida inocencia y los desdora y mancilla de

(†) Los Ilmos. Sres. Obispo de Cádiz, nuestro Prelado, y Obispo de Canarias.

contínuo la ambicion despiadada, ó sórdida avaricia, ó soberbio engreimiento.

Y yo, ministro aunque indigno de aquel Dios ante cuya presencia son polvo vil las grandezas y sabiduría de la tierra, y abominacion muchos de esos hechos que el mundo glorifica, me sentiria turbado y temblaria con mis labios consagrados al Evangelio, pronunciar elogios que acaso execraria el Cielo; alabanzas, que no siendo justas, serian reprobadas por aquel Dios que se llama asimismo el Dios de la verdad, la verdad misma.

Pero, Señores, os habeis reunido en este lugar santo para honrar la memoria de una muger, de una jóven, de una adolescente, que, si ilustre por su preclarísimo real linage, ignoró por el candor de su tierna edad y por la sencillez de su alma pura, los caminos de la soberbia y las maquinaciones de la ambicion y de la maldad; y al contemplar en ese alzado túmulo cómo el hálito de la muerte ha marchitado en un instante la doble corona nupcial y régia con que ceñia sus juveniles sienes, una sóla es la idea que se alberga en vuestras almas, unos mismos los afectos de amor que conmueven vuestros corazones; y bajo esas mismas ideas y bajo esos sentimientos tambien, Señores, se agita mi alma, tambien palpita mi corazon.

Yo, en el retiro de mi breve meditacion fijé mis ojos en esa jóven Princesa, dotada de todas aquellas prendas capaces de hacer la felicidad de un monarca: la ví radiante de gozo ceñir una corona nupcial y con ella una de las diademas más nobles del Universo... Un momento despues la volví á mirar y ya no era... La muerte sin respetar su alto rango, sin apiadarse de su juventud y hermosura segó esa flor cuando entreabria sus hojas, eclipsó esa aurora al destellar sus primeros albores y en lugar de un tálamo encontré un lecho mortuorio y en vez de un trono una tumba. ¡Golpe terrible! ¡Suceso lastimero digno de las más sentidas y amargas lágrimas!

Pero acaso, Señores, ¿somos nosotros del número de aquellos desdichados de quienes habla el Apóstol, que lloran sin esperanza? ¿No sabemos que esta vida siempre es frágil y que de-

trás de los umbrales de la muerte hay años eternos, flores inmarcesibles, gozo perdurable para los que verdaderamente creen y esperan y aman al Dios de nuestra fé, de nuestra esperanza y de nuestro amor?

¡Oh! paguemos en buen hora el tributo debido á la naturaleza, deplorando la muerte de una tan noble y amable Princesa; pero veámosla con los ojos de la fé abandonar nuestros horizontes para brillar en otros más felices, y libre de los vínculos terrenos vivir la verdadera vida en el seno de su Dios.

Yo lo creo así, yo lo espero así de la misericordia inmensa del Señor, como en otro tiempo lo creia y esperaba de un Monarca inocente y desgraciado un gran Pontífice de santa y venerable memoria, Pio VI, cuando llorando la muerte del mártir Luis XVI se expresaba con las palabras que me han servido de tema: "Esperamos confiados que la régia corona de suyo perecedera que ceñia, con los lirios que en breve se disipan, habrá felizmente cambiado por la otra corona eterna, entretejida con los inmortales lirios de los ángeles. "*Caducam coronam regiam, ac brevi evanescencia lilia cum perenni alia corona ex inmortalibus Angelorum liliis contexta feliciter illum commutasse confidimus.*" ¿No os parece que estas mismas palabras podemos aplicarlas á la malograda Princesa en la dolorosa ocasion que nos reune aquí en este dia?

Confiamos, sí, creemos y esperamos del Dios de las piedades que la ínclita Reina, cuya muerte deploramos, en premio de su pureza, sencillez y caridad, habrá trocado venturosamente la corona transitoria de la tierra por la eterna del cielo.

Si su temprana muerte os ha arrancado ó arranca alguna lágrima, la felicidad que esperamos goce en el cielo os debe excitar á sérias consideraciones que os conduzcan á una vida verdaderamente cristiana y santa.

Tales son los pensamientos que deseo desarrollar en este discurso; estos los frutos que pretendo alcanzar de vuestra piedad, al levantar hoy mi voz, lleno de temor por mi pequeñez é insuficiencia, consagrando este tributo de honor á la tierna me-

moria de la muy alta, muy ilustre, muy preclara y piadosa Princesa D.ª María de las Mercedes de Orleans y de Borbon, Reina Católica de las Españas.

Yo no temeré, Señores, á pesar de las ideas de igualdad propagadas en este siglo, tan insensatas como irrealizables, traer á vuestra memoria como un título de honra, y muy distinguido, la preclarísima estirpe de la Reina D.ª María de las Mercedes. Nieta de cien reyes, sentados en los tronos más grandes de la tierra, contaba entre sus ascendientes á un Luis XIV, á un Enrique IV, fundador de la dinastía de Borbon, y á un San Luis, reyes los mayores que ha tenido Francia; y por otra parte corria por sus venas la sangre no ménos generosa de los Felipes de España, de Cárlos V Emperador y Rey, de los Reyes Católicos y del tan feliz como santo Fernando III de Castilla. Todos estos monarcas hicieron la felicidad de sus pueblos y cuanto insigne y glorioso hay en los anales de España y Francia, vá unido á sus nombres imperecederos.

Es cierto, Señores, que el mérito personal es la base de la verdadera nobleza, y que sin virtudes personales, como nos enseñan los Padres, señaladamente el Crisóstomo y S. Agustin, quedan envilecidos los títulos más excelentes, las más altas dignidades. Pero tambien es cierto que las hazañas, que las virtudes de los abuelos y progenitores esparcen siempre una luz que embellece á sus descendientes, y que estos á su vez sienten como participar por la comunidad de sangre de las virtudes de sus mayores y de su generoso aliento, y el recuerdo de sus altos hechos es un aguijon que les empuja á caminar por la senda de honor que aquellos les abrieran.

Negar estos elevados sentimientos en los que se funda la nobleza de la estirpe y de la sangre, es negar un sentimiento natural y santo: mofarse de ellos á título de una igualdad que no existe ni ha existido jamás en ninguno de los órdenes físico, in-

telectual y moral, es herir las fibras más delicadas de un corazon bien nacido.

Pues esta atmósfera de justa gloria y de noble luz proyectada por ciento y más ínclitos reyes sus mayores, aspiró al nacer esta ilustre princesa; luz y gloria que ella realzó con los rayos brillantes de su vida pura, aunque tan breve, y de su cristiana y piadosa muerte.

Nacida accidentalmente en el palacio real de Madrid en Junio de mil ochocientos sesenta, fué muy luego conducida á la ciudad que sus Serenísimos padres habian escogido desde el año de mil ochocientos cuarenta y ocho para su ordinaria residencia. Esta ciudad, lo sabeis, era Sevilla: Sevilla, la de la Catedral entre todas magestuosa, la ciudad de los Isidoros, Leandros y Laureanos, la que guarda el tesoro del incorrupto cuerpo del Santo Rey Fernando, la que en los vistosos matices de sus flores, en el azul transparente y aterciopelado de su cielo y en los rayos de su sol ardiente y esplendoroso prestó mágicos colores á los pinceles de Murillo y de Roelas, de Valdés y de Zurbarán, é inspiracion y fuego á los cantos de Arguijo, de Herrera y de Rioja....

En esta ciudad monumental y piadosa se deslizaron los primeros años de la Infanta Mercedes. Educada en los más puros y rígidos principios de la Religion católica, nacieron y crecieron en su tierna alma las virtudes cristianas, señaladamente la caridad para con los pobres y el amor filial á la Vírgen Madre de Dios. Las frecuentes visitas que hacía al augusto templo metropolitano sin duda encendieron en su alma ese amor á la Vírgen purísima; porque allí tenia ocasion de postrarse ya ante la imágen de Nuestra Señora titulada de Belen, obra maravillosa del llamado pintor de la verdad y la naturaleza, Alonso Cano, ya ante la bellísima y casi celestial estátua de la Vírgen sin mancha del insigne Montañez, inspiradora de los sentimientos más puros y castos, ó ya ante la venerable de los Reyes que recibiera los cultos del Santo Rey, cuyo cuerpo se halla depositado á sus piés. ¿Quién podrá dudar que ese amor á la Vírgen Madre de Dios, inseparable de las almas puras y castas, fuese infundido

tan profundamente en la de la Infanta Mercedes en esas horas en que, en compañía de los Señores Infantes sus padres, iba á venerar á la Vírgen en imágenes tan insignes?

Por otra parte; desde que los Señores Infantes fijaron su asiento en Sevilla, establecieron una Asociacion de Señoras para el socorro á domicilio de los pobres de la populosa ciudad. El palacio de San Telmo vió con frecuencia reunirse en sus vastos salones bajo la presidencia de la Señora Infanta madre de nuestra María de las Mercedes, á las damas más distinguidas por su piedad y clase. A esta como escuela de misericordia asistia, aunque niña, la Infanta Mercedes, y allí debieron brotar en su alma aquellos suaves sentimientos de compasion y amor á los pobres de Jesucristo que le animaron siempre durante su preciosa, aunque corta vida.

Con esta piedad, con esta caridad pasaron sus ocho primeros años, hasta Setiembre de 1868.... y aquí, Señores, permitidme que avance á largos pasos por medio de otros ocho años, testigos de una revolucion, cuyos estragos deploran aún y deplorarán largo tiempo la religion y la patria; años cuya mayor parte pasó nuestra Infanta en paises extrangeros.

Niña, incapaz de comprender lo que pueden la audacia de la ambicion, la sed de mando y de poder; y encerrada en el seguro puerto de una adolescencia candorosa y llena de piedad, no llegaron á ella las encrespadas olas de esas pasiones que devoran el corazon del hombre, ni le alcanzaron el odio ni la cólera implacable de los partidos.

Vuelta á España, ábrese para D.ª María de las Mercedes una página de engrandecimiento y de gloria; pero ¡cuán breve habia de ser y cuán presto debia borrarse para siempre!

Sus relevantes prendas personales y señaladamente su candor y modestia, atrajeron sobre ella las miradas y el afecto del jóven monarca que poco tiempo antes se habia sentado en el trono de sus mayores; quien oyendo sólo el impulso de un corazon bien dirigido, determinó hacerla la compañera de su vida y de su corona, y la escogió por su esposa.

Lejos de este enlace las artificiosas miras de la política: no fué nuestra ilustre Infanta una de tantas víctimas arrastradas al altar por las sugestiones de eso que se llama razon de Estado; uniones, y sea dicho de paso, que han solido ser, como lo atestigua la historia, ó funestas ó al ménos infructuosas de todo punto. ¿Qué sirvió para la paz de España que fuese dada en matrimonio á Luis XIII de Francia la Infanta Ana de Austria? Cruel y dilatadísima guerra de veinticinco años se encendió muy luego entre España y Francia hasta el tratado de los Pirineos en 1660, tan funesto á nuestra preponderancia política en Europa. ¿Y qué importó, para no citar más ejemplos, que por el mismo tratado de los Pirineos se enlazase la hija de nuestro Felipe IV, María Teresa, con el poderoso Luis XIV? No fué parte á impedir las guerras que varias veces se suscitaron entre ambas naciones y que continuaron hasta la paz de Ryswick, que les puso término á fines del mismo siglo XVII.

Pero los móviles del enlace de nuestra Infanta con el jóven Monarca D. Alfonso fueron más puros, más desinteresados y más conformes á lo que reclama una union perpétua é indisoluble como la del matrimonio.

Modesta, virtuosa nuestra Infanta Mercedes, jamás pensó que llegara para ella un dia de ceñir la corona; y al responder benévolamente á la voluntad del Rey, ni le cautivó el resplandor del trono ni buscó en él la satisfaccion de deseos ambiciosos, sino la de un amor legítimo que el cielo bendijera con un Sacramento honroso y grande como le llama el Apóstol.

¡Dia 23 de Enero de 1878! ¡cuán fausto te mostrabas cuando enmedio del universal regocijo, viste en tu mañana á estos régios esposos penetrar en el tradicional templo de Santa María de Atocha! Allí, bajo aquellas bóvedas, de las que penden cien banderas, testigos del valor de los hijos de España, rodeados de los más altos dignatarios nacionales y extrangeros; ante el altar de Dios se unieron en indisoluble lazo los régios esposos, y se juraron una fidelidad cuyo límite habia de ser su vida.

Ya salen de la monumental Basílica: las bendiciones del

Cielo han purificado y consagrado su amor en la tierra. ¡Cuán felices parecen! el júbilo se muestra en sus juveniles semblantes. Con la sonrisa en los labios, con los plácemes de los hombres más insignes del Estado, al alegre repique de las campanas, al sonido estruendoso del cañon y de los estrepitosos vivas de la multitud, y por entre las filas de aguerrido y valeroso ejército, diríjense los Reales Consortes al palacio que ha de ser ya morada de la que con la diadema conyugal ha ceñido la corona de reina.

Marchad régios esposos: todo os sonrie, todo conspira para vuestra ventura; ninguna nube siniestra se descubre en vuestro horizonte: pero ¡oh instabilidad de las cosas temporales! ¡oh sueños vanos de la felicidad del hombre! El áspid mortal se anidaba ya entre aquellas flores y el veneno letal en aquella copa de placer. ¿Quién os dijera entonces que la muerte señalara ya por su víctima á la jóven Reina? ¿Quién pudiera pensar que los saludos de las campanas, ahora tan alegres, pronto se tornarian en lúgubres tañidos de agonía y de muerte; que esas flores nupciales caerian al instante deshojadas, y que el tálamo, trocado en lecho mortuorio, habia de dejar ver en él tan sólo, muy en breve, un cuerpo inerte y yerto, el cuerpo exánime de esa Reina tan llena hoy de juventud y de vida?

Mas permitidme, aunque por un momento, que os recuerde ese brevísimo período pasado entre las magnificencias de su elevacion al trono y su caida en el sepulcro.

Fiel á la educacion cristiana y religiosa que habia recibido, la primera ocupacion de la jóven Reina en cada dia era acudir á su oratorio particular para postrarse en la presencia del Rey de los reyes y pedirle sus auxilios en oracion fervorosa. Como el Real profeta David, su primer negocio era dirigir sus plegarias á Aquel que es el autor y conservador de todos nuestros dias, de todas las horas, de todos los momentos de nuestra vida. Entregada despues á los sencillos goces de familia, pasaba el resto del dia entre el trato de las hermanas de su Real Consorte y el trabajo de manos; ese trabajo de manos, esas labores propias de vuestro sexo, Señoras que me escuchais, que os libran de la ocio-

sidad, madre de los perversos pensamientos y deseos y de las malas acciones, su inmediata consecuencia; y si el hilo de su vida no hubiera sido tan prematuramente cortado, acaso hubiera emulado nuestra jóven Reina la laboriosidad de Isabel la Católica que con sus propias manos elaboraba las ropas de su esposo el Rey Fernando, ó la de Ana de Austria, muger de Felipe II, que bordaba con sus damas las colgaduras para el ornato de la Real Capilla.

Amante de los pobres de Jesucristo, con ese amor que él sólo sabe inspirar, ellos eran el objeto de sus más solícitos cuidados. Sus limosnas eran frecuentes, y aun á su muerte se hallaron en las roperías reales más de mil piezas de ropa preparadas para distribuirlas de su órden á los pobres de los Asilos y Hospitales de la córte.

Mas ¡ay! ¿por qué estos rayos de piedad y de caridad habian de extinguirse tan en breve? ¿Por qué, oh Reina, habia de ser tan corto el curso de tu vida? ¡Cuando cual ave llena de lozanía abrias tus alas para cruzar los espacios de la vida, súbito el rayo te hiere, plegas tus alas y se abate para siempre tu vuelo!

Brevísimos, sí, fueron sus dias: diez y ocho años no más duró su carrera, cinco meses tan sólo desde el trono á la tumba; y ya se acerca la hora que Dios en sus impenetrables designios habia puesto por límite á su existencia. ¡Jóven y amante monarca, prepara tu corazon para sentir la más aguda pena, prepara un torrente de lágrimas para llorar la muerte de esposa tan querida!

Invadida por terrible fiebre en los primeros dias del próximo pasado mes, pronto puso en alarma al Real consorte y á toda la régia familia; mas nunca creyeran que fuese tan triste el desenlace de la enfermedad. Prodígansele, sin embargo, los más exquisitos cuidados, la ciencia médica se afana en cortar el vuelo á la devoradora fiebre.... Mas ¡ay! ¿qué pueden los esfuerzos de la pericia más consumada, qué el fáusto ni las riquezas, qué el señorío ni el cetro contra la voluntad de Aquel que tiene contado el número de nuestros años y medido todos nuestros

dias? Multiplíquense las juntas de los médicos más famosos, auméntense los esmeros y precauciones.... el decreto está dado; y este decreto irrevocable ¡oh Reina María de las Mercedes! te condena irremisiblemente á morir.

A morir... ¿Habeis pensado bien, hermanos mios, lo que esto significa? Morir es abandonar cuanto en este mundo se posee.... parientes, amigos, cuantas personas amamos; por poderosas que sean no podrán dar ni alargar un sólo momento nuestra vida. Morir es ser abandonados de todos, aun de aquellos con quienes nos unen los más tiernos y estrechos lazos. Morir es ser despojados de bienes, títulos, honores, riquezas y hermosura; es dar un vale eterno á la vida, á sus placeres é ilusiones. Es desaparecer de la haz de la tierra para ser olvidados tal vez dentro de algunos años, ¿qué digo? acaso dentro de algunos meses y aun de algunos breves dias.

Pero la enfermedad de la Régia doliente progresa, y se ven obligados los facultativos á declararla grave y peligrosa. Auméntase la afliccion del jóven Monarca: los Serenísimos Padres de la augusta enferma vuelan devorando en cortas horas centenares de leguas y acuden junto al lecho de su hija. España y hasta las naciones extrangeras se conmueven y ponen el oido atento á la voz del telégrafo que vá anunciando la marcha, síntomas, alternativas y progresos de la enfermedad, mientras los Ministros del Santuario elevan sus preces al cielo en demanda de una salud, de una vida de las que sólo Dios es absoluto dueño. El Rey, la Princesa, toda la Real familia, todo el pueblo, en fin, se sienten profundamente afectados ante el peligro que amenaza tan de cerca á la excelente y piadosa Reina, verificándose casi á la letra aquellas palabras de Ezequiel: "El Rey se enlutará, el Príncipe se cubrirá de tristeza, y las manos del pueblo caerán desfallecidas y desconcertadas." *Rex lugebit et princeps induetur moerore et manus populi terræ conturbabuntur* (†).

(†) Ezequiel, c. 7, v. 27.

Entretanto se agrava á lo sumo la enfermedad, y los síntomas que sobrevienen no dejan duda de una próxima muerte.

Es preciso anunciarle, como en otro tiempo un Profeta al Rey Ezequías, que viajera por los caminos de la vida, ha tocado ya el término de su peregrinacion, y que es forzoso se prepare para penetrar en las regiones desconocidas de la eternidad; *præcipe domui tuæ.* (†) Necesario es decirle que como para el jornalero, ha llegado para ella el fin de su dia, y que debe disponerse para comparecer ante la presencia del gran Padre de Familias, que no galardona á la corona ni á la púrpura, como ni á las mitras ni á las tiaras, sino tan sólo á la virtud, á las buenas obras.

¡Terrible anuncio para un alma ménos fuerte y religiosa que la de nuestra Reina! No se muestra aterrada ante la perspectiva de la muerte. Es jóven y bella; pero no le asusta perder la hermosura y la vida; y como en su modestia desdeñó la pompa del trono y el brillo y magestad de la régia diadema, no siente despojarse de estas efímeras grandezas; mas es amante esposa, es hija amante y le pena dejar á su real consorte y á sus afligidos padres; pero la gracia triunfa en breve de la naturaleza, y un Sacramento consolador, el último que la Iglesia otorga y administra á sus fieles hijos, borrando las reliquias de las culpas de la humana flaqueza, vigoriza su alma. Ya Dios sólo la ocupa: mientras su real esposo la sostiene y sus consternados padres se postran junto al lecho, ella, atenta á las palabras y exhortaciones de los Ungidos del Señor que le asisten en su agonía, tiene de contínuo asida la mano de uno de aquellos príncipes eclesiásticos y con frecuencia le besa el sagrado anillo en muestra de veneracion á Jesucristo en la persona de sus Ministros. Sus labios murmuran una plegaria, y entreabriéndose dulcemente vá á dejar escapar el alma que mora en aquel cuerpo desfallecido. Vá á morir... Angeles tutelares de las santas Reinas, ángel custodio de la Reina Mercedes, acudid presurosos á la régia estan-

(†) IV Reg. xx. 1.

cia, rodead su lecho de dolor, recoged sus últimos suspiros y lágrimas y llevad su alma ante el trono del Rey de los Reyes y alcanzadle perdon y misericordia.....

La Reina ha muerto: ya ha terminado su carrera, se marchitó la flor apenas abierta, se oscureció la luz, cuando á lucir comenzaba, para no brillar más en la tierra.

Inútil es que en el exceso de su dolor se arroje el leal esposo en los brazos de la que ya no existe, como en otro tiempo San Ambrosio en los de su hermano Satirio, creyendo ¡oh ilusion del cariño y del dolor! con aquellos abrazos comunicarle la vida. ¡Mísero de mí! pudo exclamar el jóven monarca como el santo Obispo de Milan: "Mis brazos la tenian abrazada; pero ¡ay! que lo que abrazaban ya lo habia perdido." *Stringebant quidem brachia sed jam amiseram quem tenebant.* (†)

Yo, señores, debiera aquí terminar mi discurso: pero antes que sea conducido al panteon régio para dormir allí en el sepulcro de sus antepasados ese ya mudo y yerto cadáver, fijo en él mis ojos y me sorprende la vestidura que le cubre. No ostenta el manto régio, ni otras insignias de su alta dignidad: envuélvele sólo el hábito blanco y humilde de la Orden de la Merced.

Un recuerdo, Señores: lamentábase el gran Padre San Gerónimo que el cuerpo exánime de la jóven y santa matrona Blexila hubiese sido cubierto con ricos velos y costosas vestiduras, como de persona perteneciente á las familias patricias más distinguidas de Roma. Creia el santo Doctor que la humildad de Blexila, aun despues de muerta, rechazaba aquel aparato y ostentacion, y con su vehemencia acostumbrada decia escribiendo á Paula: "Me parece oirla desde el cielo exclamar: no conozco estas vestiduras; estos velos no son mios; ni son mios esta pompa y adorno." *Videbatur mihi tunc clamare de cœlo: non agnosco vestes; amictus iste non est meus; hic ornatus alienus est.* (‡)

Guiada la Reina Mercedes por la misma modestia y con me-

(†) Orat. de Obitu Fratris.
(‡) Epist. ad Paulam.

jor éxito que Blexila, quiso y su voluntad se cumple, que su cadáver fuera envuelto con el hábito de la Merced, de esa Orden religiosa, Señores, de institucion española, emblema el más significativo del amor á María que la fundara y de la caridad más heróica para con nuestros hermanos cautivos, á quienes, los hijos de esta Religion, rescataran aun á costa de su libertad y de su vida.

Este rasgo caracteriza de tal modo la piedad y modestia de la Reina Mercedes, que forma su mejor biografía y su más bello y gráfico epitafio.

Y ahora, Señores, despues de haber considerado esta vida tan brillante como breve y esta casi subitánea é impensada muerte; ¿habrá alguno entre vosotros que murmure de la Providencia divina y la acuse de injusta por haber arrebatado de la tierra á esta Reina á todas luces amable, y que tantas esperanzas habia hecho concebir de su bondad en beneficio de la Patria? Vive el malvado atormentando á sus hermanos y vive un siglo de iniquidad y de crímenes: vive el ambicioso, ocupado solamente en llegar á la cumbre del poder y en saciarse de dominacion y de imperio, aunque para ello hayan de derramarse torrentes de sangre en los campos de batalla ó en las barricadas de las calles... y vive largos años: vive el avaro, atesorando riquezas que guarda con receloso cuidado; á sus puertas gimen y claman, sin ser oidos, el mísero huérfano, la desdichada viuda y cien desventurados padres de familia... y el hombre de corazon de metal vive dilatada vida: vive el hombre sensual cuyo ordinario empleo es atentar contra el pudor de la virtuosa doncella ó abusar de la desgracia y pobreza de sus víctimas que mancilla cruelmente con su inmundo hálito; y sumergido en ese cieno de sensualidad se le vé en la juventud y se le vé en la edad viril y se le vé aun cuando sus cabellos blanquean con la nieve de la ancianidad... y entretanto el varon justo, la piadosa matrona y la púdica y candorosa vírgen, son arrebatados en los primeros pasos de su amable y benéfica carrera...

¡Ah Señores! suspended vuestras quejas y no acuseis teme-

rariamente la providencia de un Dios tan justo como misericordioso. *Justus perit et non est qui recogitet in corde suo.* (†) Si el justo perece en breve, si para venir directamente al caso que deploramos, la Reina María de las Mercedes ha desaparecido y pasado como una flor y se ha secado como la yerba de los prados, usando el lenguaje de la Escritura Santa, meditemos este acontecimiento no con el juicio y sentimientos de la carne y de la naturaleza, sino con la luz que nos suministra la fé.

¿Qué valen las grandezas del mundo si al cabo se desvanecen? ¿Qué las ilusiones y pensamientos más placenteros si se disipan, como dice Job, *dejando atormentado nuestro corazon?* ¿Qué es en fin la más larga vida en comparacion de aquellos años eternos que nos esperan al traspasar los umbrales de la muerte? Dejad, dejad que el alma del justo se desate de las ligaduras del cuerpo que asida le tienen á la tierra, y le vereis volar á una patria que es la verdadera, porque es la mansion eterna de una dicha que no conoce término ni mudanza. Allí no se escucha la voz opresora de los tiranos ni el gemido de la atribulada inocencia; allí no hay clamores, ni luto ni dolor, y todas las lágrimas son enjugadas por la mano misericordiosa de un Dios de piedades y de toda consolacion; allí no penetran más que la inocencia ó el arrepentimiento. Pasó el invierno y las flores que brotan en aquella mansion feliz jamás se marchitan; allí por último, quedará saciada toda sed de justicia, toda sed de amor, porque el premio del justo y su dicha esencial serán el estar abismado en el piélago inmenso de la sabiduría, de la justicia, del amor, en el seno inefable de su Dios.

Al premio de esta dicha inmortal esperamos de la misericordia divina haya sido llamada nuestra Reina María de las Mercedes. ¿Qué le importará haber pasado como un meteoro por la vida y por el trono, si la corona régia, si las flores que le ceñian transitorias y perecederas de suyo las ha trocado, repitiendo las palabras de mi tema, por la eterna corona entreteji-

(†) Isai. cap. 57, v. 1.

da con inmortales flores en una perdurable gloria? *Caducam coronam regiam, ac brevi evanescencia lilia cum perenni alia corona ex inmortalibus Angelorum liliis contexta feliciter illum commutasse confidimus.*

Tiempo es ya, Señores, de dar término á este discurso: pero antes acerquémonos á ese alzado túmulo, simulacro del triunfo de la muerte sobre tan noble víctima. Venid en primer lugar vosotros, los que constituidos en puestos de alta dignidad ó de gobierno, fantaseais acaso un porvenir de mayores dignidades, de engrandecimientos mayores: ved á lo que la muerte ha reducido á esta ilustre Reina. Su corona está rota, sus flores marchitadas: no la alta gerarquía terrena, no el esplendor del trono le han abierto las puertas de la region de la eterna dicha, sino su fé, su piedad y todas sus virtudes. Aprended de aquí una santa moderacion en vuestros deseos, un desprecio santo de las vanidades del siglo; y entablad desde hoy una vida verdaderamente cristiana que os alcance aquel mismo premio. Acercaos vosotras piadosas matronas y doncellas, y ved en ese túmulo á una Princesa modesta, sencilla y caritativa antes y despues de su diadema nupcial y régia; y conoced que el verdadero mérito, que la felicidad verdadera, no se fundan en el lujo, en el regalo, en frívolos adornos ni en una vana hermosura, sino en la sobriedad, en la sencillez, en la castidad y en el amor á Dios y á nuestros hermanos. Acercaos todos de cualquiera clase ó condicion que seais, acercaos todos; y en este ejemplo insigne de la caducidad de la vida y de la grandeza humana, y en esta muerte tan inesperada como lastimera, acabad de conocer *que el tiempo es breve, que la figura de este mundo pasa presto;* resolveos de una vez á abandonar los caminos torcidos por los que acaso os llevan vuestras mal domadas pasiones, y á entrar en los senderos de la virtud para que cuando seais llamados, como lo ha sido esta Reina, *á la casa de la eternidad*, merezcais tenerla feliz con Dios y sus santos en el Cielo.

Y si como Ministro del Santuario puedo yo acercarme tambien á ese túmulo, oh Reina María de las Mercedes, mis labios

ya no pronunciarán alabanzas tuyas; sólo se abrirán para elevar en tu favor una humilde oracion.

Cristo, Señor, resurreccion y vida de nuestras almas, tú, que has dicho que el que cree en tí no morirá y vivirá eternamente; mira piadoso á tu sierva la Reina María de las Mercedes. Ella creyó en tí, ella de nada se glorió más que de ser hija de tu verdadera Iglesia, la Iglesia Católica; admítela, Señor, en esa morada de gloria donde la fé y la esperanza se consuman con tu clara presencia; y si un vaso de agua fria dado por tu amor no ha de quedar sin recompensa, remunera con el premio inmortal del cielo á la que siempre te socorrió y amparó en esos pobres, Señor, que tú has querido te representen en la tierra. Si las reliquias de las culpas, propias de la humana flaqueza, le impiden aún gozar de tu gloria inefable, el sacrificio de tu cuerpo y sangre de valor infinito, que por ella acaba de ofrecerse, purifíquela más y más y alcáncele la dicha que anhela. Dále, Señor, el descanso eterno y resplandezca para ella la luz perpétua.

Señores, hermanos mios, un sólo suspiro, una sóla plegaria....
Que descanse en paz el alma de la Reina D.ª María de las Mercedes de Orleans y de Borbon.—Amen.

